
EL FUTURO DEL LABORISMO INGLÉS

Chantal Mouffe



3

En un momento en el que Gran Bretaña vive la peor recesión y sufre el nivel más alto de desempleo conocido desde los años treinta, los electores han elegido, el 9 de junio pasado, a la Sra. Thatcher por una mayoría de 140 escaños en la Cámara de los Comunes, 99 más que en 1979.

Si bien es cierto que se trata de una victoria un poco ambigua, ya que este aumento en el número de diputados conservadores corresponde en realidad a una disminución del 1,5 por cien de su porcentaje de votos en comparación a los del año 1979, no deja de tratarse de una bella victoria para la «dama de hierro».

Es la primera vez, desde 1959, que un

primer ministro resulta reelegido después de un mandato casi completo. Por otra parte, es demasiado sencillo atribuir este éxito únicamente a la derrota de la oposición laborista. El que el 43,9 por cien de los electores hayan sido convencidos de que no había otra alternativa a la dura política monetaria llevada a cabo desde hace cuatro años, prueba el impacto del «populismo de derechas» thatcheriano ¹.

No obstante, la vergonzosa derrota sufrida por los laboristas, que pierden el 10 por cien de sus votos y obtienen sus peores resultados desde 1918, merece una explicación aparte. En este caso, sería mejor evitar interpretaciones demasiado apresuradas.

Varios factores entran en juego en la caída del voto laborista. Algunos son de orden coyuntural pero otros son la expresión de una tendencia estructural que se remonta al año 1951.

La búsqueda de una cabeza de turco que se inició al día siguiente de las elecciones no puede, por lo tanto, dar la respuesta adecuada a la derrota del Partido Laborista.

Es evidente que las divisiones profundas entre el ala derecha y el ala izquierda del partido, la personalidad poco fiable de Michael Foot como futuro primer ministro, la escisión de los socialdemócratas y su alianza con los liberales, han jugado un papel importante.

Los laboristas de izquierda acusan a los «derechistas» de haber defendido el programa electoral sin entusiasmo, e incluso de haberlo saboteado. La derecha acusa a los «extremistas» de izquierda de haber ahuyentado a los electores moderados. Sin duda alguna, las manifiestas diferencias en relación a medidas tan importantes como la retirada del Mercado Común y el desarme nuclear unilateral no fueron las propias para dotar al partido de una imagen coherente.

Sin embargo, el programa económico —que nunca había sido objeto de disensión— no resultó ya más fiable. Se entiende el escepticismo de los electores de cara al «plan de urgencia» que pretendía relan-

Algunos factores de la caída del voto laborista son expresión de una tendencia estructural que se remonta a 1951.

A través de esta política de «reflación», los laboristas se hicieron fuertes al reducir el número de parados por debajo del millón, mientras que en la actualidad son ya más de tres. Si se juzga por el 22 por cien de parados que votaron por los conservadores, incluso este voluntarismo no llega a convencer a todos aquellos que resultan ser los más afectados por la situación actual.

La crisis de identidad laborista

A pesar de que no pueden ignorar todos estos elementos, no son más que manifestaciones superficiales de la grave crisis de identidad que vive el Partido Laborista desde hace algunas décadas.

Esta crisis se debe a diversas razones. En primer lugar está el fracaso del modelo de consenso socialdemócrata que ha dominado la política británica desde finales de la Segunda Guerra Mundial. Esta forma de compromiso corporativista, centrado en el estado de providencia y en una política keynessiana que había sido común a conservadores y laboristas, llegó a su fin debido al ocaso de la economía británica.

En el Partido Conservador esto ha provocado el nacimiento de un ala radical, que se ha asegurado el control del partido con la elección de Margaret Thatcher como líder, en 1975.

En lo que se refiere a los laboristas, se ha asistido a la radicalización y crecimiento del ala izquierda. Esta tendencia «socialista» —que ha existido siempre dentro del partido— se contentaba, en general, con formar parte de la «conciencia moral». A partir de 1972 ésta empieza a organizarse con vistas a conseguir el poder

el cual se abandonó por completo el programa laborista a fin de someterse a las exigencias deflacionarias del Fondo Monetario Internacional, hizo que la izquierda decidiera movilizarse para obtener cambios importantes en la constitución del partido. Esta es una batalla que dividirá al laborismo durante el primer mandato de Thatcher.

Con el fin de comprender lo que está en juego en este conflicto es necesario recordar ciertas características de funcionamiento del Partido Laborista.

Creado en 1906 por los sindicatos a fin de tener una representación política, éstos jugaron un papel dominante desde sus comienzos. Son ellos los que controlan la balanza del poder durante la conferencia anual que decide la política a seguir por el Grupo Parlamentario (PLP). Los militantes de base, organizados en circunscripciones, están necesariamente en minoría.

El Partido Laborista vive una grave crisis de identidad desde hace algunas décadas.

El partido está dirigido por el Comité Nacional Ejecutivo (NEC) elegido por la Conferencia, en donde aún predominan los sindicatos. Tradicionalmente el PLP gozaba de una gran autonomía; era él quien elegía hasta hace poco al líder, así como al «gabinete fantasma», y establecía el programa electoral.

La izquierda laborista considera que esta independencia demasiado grande del Grupo Parlamentario es el origen de todos los males. Una vez en el poder, no se atienen más a las promesas hechas durante la campaña electoral y «traicionan» al partido. De ahí, según ellos, la falta de confianza de los electores y el ocaso del laborismo. Es ésta la razón por la que decidieron organizar una campaña para la democracia en el laborismo, gracias a la cual obtuvieron tres cambios fundamentales.

En primer lugar, la «re-selección» de los diputados por la base antes de cada

nueva convocatoria de elecciones generales. A continuación, la elección de un líder por un colegio electoral en el cual los diputados no tendrían más que el 30 por cien de los mandatos; el otro 70 por cien estaría repartido entre los sindicatos (40 por cien) y los afiliados de las secciones (30 por cien). Finalmente, el contenido del manifiesto electoral debe ser ahora aprobado por el NEC en base a un proyecto establecido conjuntamente por el NEC y el PLP. Sin embargo, la izquierda perdió en un punto: no consiguió que se eligiese a su jefe de fila, Tony Benn, para el puesto de líder adjunto. Fue batido por poca diferencia por un «derechista», Denis Healey, en septiembre de 1981.

Después de esta derrota, y comprobado el perjuicio que estas luchas «intestinas»

habían ocasionado a la imagen del partido, se declaró una tregua y se intentó, mal que bien, recrear la ilusión de la unidad aunque sin mucho éxito.

Mientras tanto, aquello había provocado la creación del Partido Social Demócrata (SDP), después de que tres parlamentarios de derechas decidieran abandonar el laborismo al que consideraban definitivamente dominado por la izquierda.

El laborismo y la clase obrera

No se puede llegar a la conclusión de que sin esas luchas internas todo marcharía como en el mejor de los mundos laboristas posibles y que Michael Foot, no Margaret Thatcher, estaría hoy instalado en el número 10 de Downing Street.

Las cosas ya iban muy mal con anterioridad para el partido, como lo prueba la victoria clara de los conservadores en 1979. La transformación de las estructuras antidemocráticas del laborismo era absolutamente necesaria (y aún hay que hacer mucho al respecto).

El error de la izquierda en este ámbito fue el de haber concentrado todas sus fuerzas en un único terreno y de haber descuidado la lucha para ganar el apoyo popular a la causa laborista. Además, esta actitud refleja una de sus grandes debilidades.

Su estrategia asume que la mayoría de la clase obrera percibe sus intereses de una manera socialista y que el día en que se lo proponga un programa «verdaderamente socialista», con la seguridad de que éste será puesto en práctica, votará masivamente al laborismo. Esta idea, profundamente errónea, junto a la convicción que el desempleo favorece automáticamente a la oposición laborista, explica el por qué dedicaron todas sus energías en reformar el partido, antes que atacar la influencia del thatcherismo. Los resultados de junio oponen un mentís cortante a esta concepción económica.

Menos de la mitad de los parados votaron al laborismo y, entre los obreros manuales cualificados —la supuesta base natural de los laboristas—, el partido no obtiene más que el 35 por cien de los votos, en comparación con el 39 por cien de los conservadores.

Frente a tal evidencia, resulta difícil pretender —como algunos aún se obstinan en hacerlo— que la causa fue que el programa no era lo suficientemente socialista.

El análisis de los resultados electorales suscita reflexiones interesantes que serían un buen objeto de meditación. Lo que ellos apuntan no es solamente una base fuerte de votos laboristas sino un cambio en su composición social². Es entre los habitantes de los *council flats* (HLM), los laboristas del sector público y los negros, donde el partido consigue su mejor puntuación. Aún continúa siendo el primero entre los sindicatos, pero solamente con un 39 por cien.

**Menos de la mitad de los parados,
y sólo el 35 por cien
de los trabajadores
cualificados,
votaron al laborismo.**

De otra parte, su éxito es claramente superior entre los trabajadores manuales semicualificados y no cualificados, que entre los cualificados. Además ha sido virtualmente anulado en el sur de Inglaterra, donde predominan las industrias nuevas, y no ha conseguido establecerse en ninguno de los sectores en desarrollo de la economía.

Por lo tanto, era hora de revisar algunos viejos mitos que ven en el Partido Laborista un partido tradicional de la clase obrera.

Después de los análisis de Crosland en los años 50, se tiene por costumbre la de atribuir el ocaso del partido al estrechamiento de su base de clase. Esto se debió a la disminución de la clase obrera tradicional a causa de las transformaciones de la estructura industrial. Ahora bien, todo parece indicar que el problema no radica en que este grupo social esté cada vez más limitado, sino que vota cada vez menos al laborismo.

En 1959, el 62 por cien de los trabajadores manuales votaron al laborismo, mientras que en 1983 no fueron más que un 38 por cien.

¿Qué tipo de alianzas?

He aquí otra causa de la crisis del Partido Laborista, y de consecuencias graves para su futuro. Esta ha dado lugar a un debate en relación a la naturaleza del partido y los motivos de su caída.

Según el historiador marxista Hobsbaw³, la «gran marcha hacia adelante» del laborismo se detuvo a causa de la progresiva tendencia de los sindicatos en de-

fender los intereses sectoriales y del incremento de los mismos en el sector público. Las huelgas que han tenido lugar, al afectar al público en calidad de consumi-

dor, habrían provocado la división del movimiento obrero contra él mismo.

Sin embargo, otros historiadores han puesto en entredicho esta idea de «una marcha hacia adelante» y afirman que la historia del laborismo ha estado siempre compuesta de avances seguidos de retrocesos. Stedman Jones, por ejemplo ⁴, hizo subrayar que el Partido Laborista jamás ha conseguido tener una mayoría sin establecer una alianza entre la clase obrera organizada y un vasto sector de la clase media. Esta se realizó, al igual que en 1945 y 1946, y fue entonces cuando pudo dar un salto significativo. De ello se deduce que si quiere volver a ser una gran fuerza popular, el laborismo debe crear de nuevo las bases para tal alianza.

Si se acepta este análisis —y yo, por mi parte, creo que es correcto— es necesario que el partido reconsidere toda su estrategia.

La creación de una amplia alianza progresista en nuestros días deberá tener muy

en cuenta los profundos cambios sufridos tanto por parte de la clase media como de los nuevos pobres y sectores oprimidos. Es así como las nuevas reivindicaciones de las mujeres, los jóvenes, los ecologistas y otras recientes luchas democráticas, deben encontrar sus formas de expresión en la política laborista.

Esta también debe tener en cuenta los sectores más oprimidos: los negros, los parados y toda esta «nueva clase obrera desprotegida», consecuencia del desarrollo de un mercado del trabajo, que es un verdadero desafío. Articular las reivindicaciones de todos estos grupos con la vieja base obrera no es, evidentemente, un asunto fácil, sobre todo para semejante partido.

Sin embargo, ésta es la única vía que le queda al laborismo si no quiere desaparecer por no haber podido adaptarse, como

fue el caso del Partido Liberal a principios de siglo. Para ser justa, una parte de su ala izquierda, principalmente a nivel de circunscripciones, es consciente del desafío que esto le supone. Pero la tarea es enorme y los obstáculos muy numerosos. Y está, por descontado, el peso de los sindicatos. Los más fuertes de entre ellos son unos baluartes de defensa de los privilegios de los obreros varones, blancos y cualificados. No será fácil hacerles aceptar concesiones acusando a sus estatutos.

Como la estructura de partido es el origen de su papel dominante, ésta reúne todo su esfuerzo serio para elaborar una política que construya otros intereses. Es ella la que llega a proponer unos remedios completamente avanzados e irrealistas para la crisis británica, como la «Estrategia Económica Alternativa». Esta ⁵ tiene como objetivo principal el de relanzar la

economía a través de las inversiones públicas masivas, con el fin de llevar a cabo una expansión planificada para restablecer el empleo total.

**El cambio
en el laborismo
sólo puede
venir
de la izquierda.**

Debería ir acompañada de medidas para controlar los precios y las importaciones, así como de la nacionalización de compañías industriales estratégicas y del control público de las principales instituciones financieras. Nuevos poderes serían atribuidos a los trabajadores y a sus sindicatos, y una redistribución de los ingresos y fortunas eliminaría las mayores desigualdades. El proyecto también considera la retirada del Mercado Común y la reducción de los gastos militares.

Como se puede constatar, se trata de un programa muy tradicional que, de ningún modo, pone en duda el actual modelo de desarrollo y que refuerza el papel del Estado y de la burocracia. No tiene nada que ofrecer ni al movimiento feminista, ni a los ecologistas, ni a todos aquellos que luchan por una sociedad donde reinarían unas formas de consumo y de organización social diferentes.

El problema con la izquierda laborista es que, si a nivel retórico se encuentran referencias continuas a la importancia de los «nuevos movimientos», ésto no se tra-

duce casi nunca en la práctica. Para ellos, articular las diferentes luchas democráticas consiste en convencer a todos estos grupos de afiliarse al Partido Laborista y de luchar por la instauración de un Gobierno Laborista socialista.

Nunca se les ocurre pensar que es su concepción misma del socialismo lo que deben modificar si quieren tener en cuenta todas estas luchas nuevas. Su apego a un modelo anacrónico también les impide captar las aspiraciones reales de toda una serie de categorías sociales. Es así como están cegados a las múltiples resistencias que se manifiestan contra el dominio creciente del Estado en la sociedad británica y a las nuevas formas de subordinación ligadas al estado de providencia. Así pues, ¿quién se sorprendería de que Margaret Thatcher haya encontrado ahí un terreno privilegiado para crearse una base sólida de apoyo popular?

Una «segunda izquierda» británica

¿Se debe, pues, ser pesimista ante el futuro del laborismo? No hay nada que esperar de la derecha laborista, sin proyectos, y cuya única ambición es la de estar rezagados de una clase obrera según ellos convertida en «opulenta» y que, sobre todo, no quieren asustar con ideas socialistas. Y aún más, desde la creación del SDP —que, a pesar de todo su empeño democrático, no es más que una nueva versión de la misma cantinela— las posibilidades para el partido de reconstruirse sobre estas bases son mucho más limitadas. Así pues, el cambio no puede venir de otro lugar que no sea de la izquierda. Pero, ¿llegará ésta a dejar atrás su «economicismo» y estatismo y a transformar

Es hora de revisar algunos viejos mitos que ven en el Partido Laborista un partido tradicional de la clase obrera.

las relaciones de fuerza en el interior del Partido?

Algunas experiencias poco numerosas, esa es la verdad, pero cuya resonancia es

inegable, nos permiten dilucidar un rayo de esperanza.

En primer lugar, está el Consejo del Gran Londres (GLC) en donde, a pesar de la hostilidad histórica de la prensa conservadora, Ken Livingstone está a punto de llevar a cabo una política radicalmente nueva para la villa de Londres.

Rodeado de feministas, de miembros del SERA (Socialist Environment and Resources Association) y de representantes de diversas minorías, favorece todos los experimentos sociales y apoya numerosas actividades autogestionadas, tanto culturales como económicas.

También está el famoso ejemplo de los «Planes obreros» de Lucas Aerospace⁶ y el nacimiento de una nueva forma de sindicalismo. En lugar de defender obstinadamente las industrias condenadas, cada vez más grupos de trabajadores se organizan en este momento, como los de Lucas, y elaboran sus propios planes alternativos de producción.

Su objetivo es el de reconvertir sus industrias con la fabricación de productos socialmente útiles y ecológicamente admisibles. Esto les conduce a establecer contactos con las asociaciones de consumidores, las organizaciones comunitarias, así como con los grupos ecológicos y antinucleares para hablar conjuntamente de las necesidades a satisfacer y de las prioridades a establecer.

Estas son algunas de las manifestaciones de la «segunda izquierda» británica, y el impacto que están teniendo en la izquierda laborista nos hace pensar que no se puede excluir una verdadera transformación. Aunque esto no ocurrirá maña-

na. El nuevo líder, Neil Kinnock, parece preocupado únicamente por la cuestión electoral y poco dispuesto a fomentar la democracia de base. Es, más bien, el oportunismo que parece estar a la orden del día.

² Este análisis se basa en el artículo de Doreen Massey «The contours of Victory... Dimensions of Defeat». *Marxism Today*. Julio. 1983.

³ Eric Hobsbwan: *The Forward March of Labour Halted?*. Verso. Londres. 1981.

⁴ Gareth Stedman Jones: «Marching into History». *New Socialist*. Enero-febrero. 1982.

⁵ Se trata de un programa económico de la izquierda del Laborismo y no es sobre esta base que el partido ha hecho su última campaña electoral, aunque varios temas hayan sido retomados.

⁶ Se encuentra una buena presentación en *The Lucas Plan. A new trade unionism in the Making?*, por Hilary Wainwright y Dave Elliott. Londres. 1982.

¹ Se puede consultar este tema en *The Politics of Thatcherism*, libro colectivo editado por Stuart Hall y Martin Jacques. Londres. 1983.

Leviatán, 14, INVIERNO 1983